

BREVE PANORAMA DE LAS REVISTAS POÉTICAS DEL SIGLO XX: UN INTENTO DE PERIODIZACIÓN

JOSÉ MIGUEL OLTRA TOMÁS

Universidad de Zaragoza

Una de las tareas exigibles a todo historiador de la literatura es la de trazar síntesis críticas de la producción literaria, tarea que parece adquirir un tono imperativo desde este final de siglo, y aun de milenio. Sin embargo, puede parecer pretenciosa —y, sin duda, lo es— la intención de sintetizar la producción de las revistas poéticas españolas de nuestro siglo en unas líneas que, aunque mínimas, esbocen un perfil válido del conjunto. Ahora bien, se antoja necesaria la labor de intentarlo, aun cuando muchas de las revistas que aquí se mencionan han merecido monografías extensas y eruditas, lo que, en principio, podría invalidar mi intento por trivial, superfluo o inútil.

Las revistas poéticas del siglo XX, en cuanto conjunto de enorme extensión, difícilmente admiten una homogeneización que vaya más allá de parámetros economicistas, los cuales son ajenos, por esencia, de la naturaleza que fluye en estas publicaciones. Son empresas de carácter idealista y «romántico» el espíritu que anima el nacimiento de una publicación seriada, en términos generales; de vida efímera en la mayoría de los casos y difusión restringida, sólo con el paso de los años alcanzarán algunas revistas la categoría de objetos de culto y con valor contrastado para los historiadores —del arte y la literatura, fundamentalmente— cuando muchas de ellas, por su corta vida, son difíciles de encontrar. «Cuántas revistas desaparecidas a través de la diversa circunstancia», como escribiera Vicente Aleixandre a los

fundadores de *Cántico*¹, pero también salvadas y recuperadas para felicidad de nuestra memoria.

Si el conjunto es tan amplio y su contenido tan heterogéneo, ¿qué puede aportar un historiador de la literatura sobre materia tan próxima, tanto que incluso el período de estudio propuesto aún no ha finiquitado en rigor? Mi intento camina en la dirección de proponer un primer acercamiento a una cronología que establezca períodos, diferencie rasgos y halle el mínimo común denominador a través de los títulos más representativos del presente siglo. Probablemente la síntesis que propongo tenga el valor de la intuición, armazón sobre la que partir en posteriores estudios (aunque sea para rebatirme) con mayor perspectiva y más sutiles síntesis.

Desde este crepuscular 1999 podemos tener ya una razonable síntesis de lo que ha sido nuestro siglo. Y de acuerdo con este conocimiento intentaré periodizar, con sus rasgos más notables, el mundo de las revistas poéticas. Es ineludible para la historia de la literatura el soporte que le brinda la historia general, puesto que una actividad como la del escritor no puede sustraerse al devenir de su tiempo, aun cuando muchos de ellos se empeñen en eludir su incidencia. Precisamente son tan significativas las presencias como las «ausencias», generalmente tipificadas estas últimas como la ausencia de todo compromiso ideológico, el rasgo dominante de un estilo genial y personal o la temática de evasión; es decir, lo que muchas veces se quiere especificar con la fórmula del «arte por el arte» o la «literatura pura». Y esto es válido incluso para las revistas poéticas, pequeños mundos que se humanizan en la escritura.

Vayamos por partes. Cuando se pretende abordar algún aspecto de un siglo debe señalarse con precisión al menos el punto de partida cronológico, ya que el de término o finiquito me resulta imposible, de momento, dado el arco de tiempo aquí abordado. Cierta unanimidad puede resultar de asumir como año emblemático para el nacimiento del siglo XX el de 1898, año del desastre colonial y punto de arranque de una nueva etapa en la que se demanda la modernización de España, en la que surge una conciencia crítica nueva por su contenido y por su forma, presidida por cierta violencia verbal. ¿Podría asumirse 1989 como

¹ «Carta a los fundadores de *Cántico*», en *Cántico*, nº 3 de la Primera Época (febrero de 1948); ed. facsimil, con pról. de A. Linares, Córdoba, Diputación Provincial, 1983, p. 35.

término, sin querer ser prematuro en el entierro de nuestro siglo, por la indudable transcendencia que ha adquirido el derrumbamiento del muro de Berlín y la desintegración de la antigua U.R.S.S.? ¿Tal vez 1999, con la guerra de Kosovo y lo que ésta implica en el concepto de globalización en que estamos inmersos, con las tendencias de resistencia y disgregadoras que se hallan en su seno? En cualquier caso, nos conformaremos con llegar hasta hoy día y que el futuro dicte sentencia. Así, pues, el período abordado irá desde 1898 hasta 1999, todo un viaje simbólico de nuestra historia, la cual irá del ensimismamiento a la apertura sobre mundo.

¿Qué ha ocurrido entre estos dos años que nos merezca cierta atención? Dos parecen los acontecimientos más notables que dividen nuestro siglo en tres períodos aproximadamente iguales en cuanto a duración: la Guerra Civil (1936-1939) y la muerte de Franco (1975). El primer caso supone una ruptura traumática en todos los aspectos de la vida; en el terreno literario, la contienda supone el extrañamiento de nuestros mejores intelectuales, cuando no habían muerto, y la ruptura con la vanguardia. El segundo, la progresiva recuperación de las libertades y el anclaje definitivo al entorno cultural europeo. Se me podrá objetar la uniformidad que se supone en cada uno de estos tres períodos en que divido nuestro panorama histórico, y por ende cultural y literario. No quisiera pecar de ingenuo e incurrir en simplificaciones impertinentes, por lo que tal vez sea necesario recurrir a subperíodos. Por ejemplo, hay que distinguir entre un período propiamente postmodernista y novocentista de un contiguo más llamativamente vanguardista, que podría simbolizarse en torno a las fechas de 1918 (final de la Primera Guerra Mundial) y 1923 (advenimiento de la dictadura de Miguel Primo de Rivera), entre las que se va a desarrollar, asentar, ¿y morir?, el movimiento ultraísta. De la misma manera, habría que distinguir entre la dura postguerra y la decadencia del franquismo, en torno a 1966 (año de promulgación de la nueva Ley de Prensa, de Manuel Fraga). Asimismo, ¿acaso no podríamos hablar de una transición política que culminaría con la victoria de los socialistas el 28 de octubre de 1982? De alguna forma todos los acontecimientos señalados tuvieron, a lo que me parece, incidencia en el campo de las revistas que nos ocupa; quizá pueda parecer dudosa la última de las indicadas, pero ¿es que se ignora la entrada generosa del dinero público en la elaboración y sostenimiento de muchas revistas, parcial o totalmente subvencionadas, y cuanto implica este mecenazgo institucional que se generaliza con la llegada de los socialistas al poder?

Por otra parte, y antes de proceder a sistematización alguna, quizás sea procedente determinar el material a analizar, el corpus que se tiene presente y el que se deja fuera. Por supuesto no se tienen en cuenta los periódicos y la prensa en general, aun cuando sean material básico para el estudio de la literatura desde el siglo XIX. Y cuando de revistas poéticas hablamos hay que puntualizar que quedan fuera aquellas que podemos denominar «culturales», «de/sobre literatura», «literarias» y «teatrales», recluyéndonos por lo tanto en el contenido de uno de los más genuinos géneros literarios, el de la poesía. Debemos ser conscientes que en muchas ocasiones el paso de una denominación a otra es cuestión de proporciones: se suele mezclar el ensayo y la creación, la prosa y el verso, todo ello en cuanto a la letra impresa. Optemos, pues, por unos criterios flexibles, entendiendo por «revistas poéticas» aquéllas que centran de manera preferente su atención en la creación poética, con las necesarias concesiones a los manifiestos de escuela o tendencia, presentaciones, poéticas individuales —muy en voga estos últimos años— y pequeños ensayos.

Las revistas poéticas han cumplido y cumplen un cometido esencial por ser instrumentos de difusión de las nuevas propuestas que en cada momento surgen. En alguna medida, y por su capacidad de penetración en el mercado como productos intermedios entre el libro y el periódico, «imponen» modas y modos en la producción literaria, al igual que lo hacen las revistas de diseño, arquitectura, vestido o cinematográficas. Son, por lo tanto, como espejos en los que mirar modos prematuros de ulterior formación de la obra literaria, lo que Guillermo de Torre denomina «los esquemas preformes de la obra», dictando normas de imitación y creando «corrientes del gusto» lector. Muchas de las mejores obras de la poesía de nuestro siglo no sólo se han prefigurado desde la recepción de la estética de algunas de estas revistas, sino que se nos han anticipado desde sus páginas. Disminuir, por lo tanto, su importancia en la cultura contemporánea es inaceptable¹.

Tras una primera visita a los ejemplos más granados de este campo, suele llamar la atención un primer elemento que se convierte en común: toda revista que se precie abre las páginas de su primer número con una manifestación de intenciones. Con razones rimbombantes o exaltadas,

¹Guillermo de Torre ya hizo tempranamente, en 1941, observaciones agudas sobre la importancia de las revistas en un artículo famoso: «La generación española de 1898, en las revistas del tiempo», en *Nosotros* (Buenos Aires), 2ª época, n° 47, octubre de 1941, pp. 1-38.

retóricas o vitalistas, combativas o neutrales, todo grupo (y digo grupo por ser las revistas empresas de hálito colectivo) que configura el consejo editorial se ve en la necesidad de declarar sus intenciones. Así, no puede sorprendernos que los editoriales de las revistas se erijan en manifiestos de movimientos o escuelas rupturistas con la más inmediata tradición, propugnando un nuevo quehacer sobre tales o cuales puntos programáticos, proponiendo hacer *tabula rasa* sobre el inmediato panorama de la poesía, casi siempre en aras de los nuevos tiempos que corren. Me remiten muchos de los editoriales y manifiestos de nuestras revistas al debate de los antiguos y modernos. Y ya instalado en los tiempos de la postmodernidad (paradojas sin resolver), el historiador observa que casi siempre las reivindicaciones se hacen en nombre de la más estricta modernidad o, si se quiere, contemporaneidad. Un «nuevo estilo» para unas nuevas circunstancias históricas.

Baste saber que la nueva poesía aparece rompiendo todo nexo con las promociones precedentes y que su ademán, polémico, tiende no tanto a la querrela estéril contra viejos modos como a la creación de una conciencia sensible colectiva que salve nuestro espíritu en esta hora de crisis mundial.

Así se expresa *Juventud creadora* en su presentación de la antología que da origen a *Garcilaso*, (publicada por *El Español*, 17 de abril de 1943¹; sin duda, la lengua traiciona la época). Pero palabras semejantes podemos encontrar en otras revistas de otras épocas:

Platónicamente estamos exponiendo nuestra moderna doctrina ultraísta en las columnas de *Grecia* sin querer molestar a los fracasados maestros del novecientos.

Hemos procedido de esta forma por entender que el olvido y el silencio serían las armas más certeras para herirles en sus rancios credos estéticos.

[...] Los ultraístas estamos situados en la vanguardia del Porvenir, somos eminentemente revolucionarios y aguardamos impacientes la hora en que los hombres de ciencia, los políticos y demás artistas estén de acuerdo con nuestras rebeldías para

¹Apud. Fanny Rubio, *Las revistas poéticas españolas (1939-1975)*, Madrid, Turner, 1976, p. 113, n. 37.

proclamar, de una manera definitiva, el triunfo del ideal que perseguimos.

Quien así se expresa es Isaac del Vando Villar, en el denominado como segundo manifiesto en las páginas de *Grecia*, la primera publicación del movimiento ultraísta (Sevilla, 1918-Madrid, 1920; con un total de 50 números), de la que era director¹. Y proclamas semejantes hallaremos en muchas de las revistas del presente siglo, tarea que, por prolija, excuso. Piénsese, si no, en las encendidas proclamas que abren muchas de las revistas del postfranquismo, cuando el deseo de libertad recorre la médula social española.

Sin embargo, es preciso recordar que tan encendidas manifestaciones casi siempre se configuran como intenciones del grupo fundador, deseos que la realidad de las revistas se encargará de diluir en su transcurrir editorial. Una cuestión es los intereses de grupo y otra muy distinta lo que se publica número tras número. Por ello, también es justo reconocer que muchas de estas revistas ofrecieron generosas sus páginas a expresiones poéticas distantes y aun antagónicas. Rara es la revista que, en el distanciamiento de una lectura global, no procure el aspecto más neutro de cierto eclecticismo, resultado de la convivencia de corrientes, movimientos o vías de variopinta procedencia.

Cabe señalar dos consecuencias evidentes: por un lado, la aparición de revistas que surgen con esa vocación integradora, sin condicionantes previos de ningún tipo, lo que les prestará una apariencia ecléctica más acusada; por el otro, basta comprobar la nómina de colaboradores de alguna revista más definida en su estética, para comprender que el programa iniciático de la publicación se ve traicionado, lo que implica una feliz apertura a otras sensibilidades. En el pimer caso se encuentran prácticamente la mayoría de las revistas posteriores a 1975, aunque hay que tener en cuenta el panorama dominante en nuestra última poesía, deudora en exceso de las ubres vanguardistas y agotada sobre todo en su capacidad de provocación; el panorama último, por lo tanto, es de cierta atonía. Predomina el eclecticismo, aunque hablemos de una poesía de la experiencia, de un neorromanticismo, de un neosurrealismo o de otras vías. Tal es la impresión que extraigo de la lectura de revistas como las

¹ Apud. José María Barrera López, *La revista Grecia y las primeras vanguardias*, Sevilla, Alfar, 1997, pp. 43-44.

sevillanas *Sibila*, *Sin embargo* o *Renacimiento*, esta última en su segunda vida, animada por Abelardo López Linares, el activo editor y librero; también de la barcelonesa *Rosa cúbica*, la gaditana *Revista Atlántica*, la tinerfeña *Syntaxis* y tantas otras más.

Un pequeño aspecto éste que vengo señalando que une nuestro final de siglo con el principio: revistas como *Vida nueva* (1898-1900) aúna las plumas de autores de estética tan dispar como Leopoldo Alas «Clarín», Luis Bonafoux o Jacinto Octavio Picón y Felipe Trigo, Benavente o Echegaray; Joaquín Costa, Unamuno o Maetzu y Rubén Darío, Salvador Rueda o Juan Ramón Jiménez. Lo mismo podría señalarse de otras, como la madrileña¹ *Revista nueva* (Madrid, 1899), una de las múltiples aventuras del fantasioso Luis Ruiz Contreras². Se me podrá decir que éstas últimas no son propiamente revistas poéticas; comparto la apreciación relativizándola, puesto que la presencia de la materia poética es relevante en cuanto a la cualificación de los nombres y los contenidos.

En rigor, la primera revista poética que surge en España es *Helios*, una de las más interesantes aventuras de Juan Ramón Jiménez, de la que fue alma y cuerpo a lo largo de los catorce números que se publicaron³. Un joven Ramón Pérez de Ayala reivindica de manera indirecta esta primacía al denunciar la situación en que se encuentra la poesía en la prensa de la época:

La forma poética ha desaparecido en la mayor parte de las publicaciones periódicas, embrutecidas por el abuso horrendo de la prosa. Es cosa triste, profundamente triste, el ver la multitud de revistas literarias que desdeñan como arte inferior, anodino, insustancial y de poco fuste, el arte poético, y tributan en cambio un culto fetichista e irritante a esa prosa bárbara y de mazacote que

¹Pongo especial énfasis en lo de madrileña para no confundirla con la revista del mismo nombre editada en Barcelona, dirigida por Julián Andreu Alabedra, de vida muy efímera (su primer número sale el domingo 8 de enero de 1899). Ver Domingo Paniagua, *Revistas culturales contemporáneas. I. De «Germinal» a «Prometeo»*, Madrid, Ed. Punta Europa, 1964, p. 57; este estudioso, a quien debo la noticia, no pudo consultar ningún número más allá del 2 de abril del mismo año.

²Se publicó desde el 15 de febrero de 1899 hasta el 5 de diciembre del mismo año. En su consejo de redacción coexistían personalidades tan dispares como Baroja, Jacinto Benavente, José Martínez Ruiz «Azorín», Rubén Darío y Palomero. Ver Domingo Paniagua, *op. cit.*, pp. 56-79.

³Desde abril de 1903 hasta mayo de 1904, el consejo editorial estuvo formado por Juan Ramón Jiménez, Gregorio Martínez Sierra, Pedro González Blanco, Carlos Navarro Lamarca y Ramón Pérez de Ayala. Posteriormente, desde enero de 1904, Pedro González Blanco fue sustituido por el colombiano Santiago Pérez Triana.

ha querido convertir en expresión suprema y adecuada de las complicadas sutilezas del pensamiento contemporáneo.

Helios es la primera gran aventura del modernismo español, en cuyo manifiesto fundacional, que abre las páginas del primer número¹, se asume la defensa de la nueva estética. Sin embargo, no cierra las puertas a nadie:

Siendo el espíritu de la revista juventud —y conste que sabemos eternamente jóvenes muchos rancios laureles— su verbo-bandera ha de ser libertad. Todos lograron sitio en este hogar de artistas, cuantos digan, dijeron o hayan de decir, siempre que sus decires —regocijos o melancolías, oraciones o desesperanzas, vidas o ensueños— sean hermosos y estén galanamente relatados.

A todos, pues, en nombre de todas las augustas palabras que han todos los poetas empleado desde que el mundo es mundo para decir belleza ¡salud!

Y fue realmente una publicación abierta a otras sensibilidades, en la que colaboraron desde Cansinos Assens (bien que aún modernista) hasta Unamuno. Por lo tanto, sus principios programáticos fueron traicionados por otras estéticas insurgentes que tuvieron acomodo en la casa del rival, aunque esta rivalidad tendrá su punto álgido algunos años más tarde. Para cerrar el capítulo modernista, conviene recordar que la otra gran publicación del movimiento, *Renacimiento* (Madrid, 1907), la que representa el triunfo del modernismo², sí se mostró mucho más activa en la defensa de sus postulados: Juan Ramón publica en ella sus «Elejías puras» y las «Pastorales», mientras Antonio Machado nos anticipa su poesía más simbolista, la de las «Soledades». Rubén Darío, Villaespesa, Salvador Rueda, Rusiñol, etc. hacían presentes los espíritus de D'Annunzio, Verlaine y Mallarmé. Es significativo que María, la esposa del impulsor de la revista, Gregorio Martínez Sierra, tradujera las celebérrimas *Rubayyatas* de Omar Khayyam. Incluso la sección de los estudios autobiográficos, escritos a imitación de los que había publicado

¹«Génesis», *Helios*, n.º 1, abril de 1903. Está firmado por los cinco miembros del consejo editorial.

²Fue Guillermo Díaz Plaja, en *Modernismo frente a Noventa y Ocho* (Madrid, Espasa-Calpe, 1951), quien señaló que *Helios* representó la empresa de un modernismo militante, mientras *Renacimiento* vendría a ser el símbolo del modernismo triunfante.

anteriormente *Alma española* (1903-1904), hace patente un mayor posicionamiento estético.

Otras revistas sí fueron mucho más beligerantes con respecto al seguimiento de los principios que animan la empresa editora, especialmente aquellas que pulularon al cobijo del ultraísmo y, en menor medida, de las vanguardias. La irrupción del ultraísmo en 1918¹, con su radical y abrupto discurso de renovación, significó el pistoletazo de salida de muchas revistas que se lanzaron a difundir la buena nueva, chocando frontalmente con cuanto significaba el *status* literario en aquel momento vigente. El entusiasmo de los nuevos y jóvenes poetas, con su iconoclasta pretensión del borrón y cuenta nueva, les llevó a renunciar a la coexistencia con sus mayores, negándoles sus órganos de expresión periódica. Así, por ejemplo, Adriano del Valle reivindica la novedad de su movimiento en los siguientes términos:

El arte nuevo no asume para sí la justísima denominación de ultra por los moldes o crisoles métricos en que aspira a ser fundido, sino por el ansia de concepciones amplias, de introspectivas visiones ilimitadas, que anhelan percibir, para grabarlas al rojo, estos modernos cabiros que se agrupan en torno a los nuevos yunques, en contraposición al anhelo retromilenario que sienten los rezagados monjes miniaturistas que aún trasudan sangre a prueba y paciencia de buril y de estilo, en derredor a los apollillados códices de rimas del novecientos.

Y, en general, este rechazo a la más inmediata tradición poética se puede observar en la mayoría de las revistas, y fueron muchas, del movimiento ultraísta. En las páginas de *Tobogán* (Madrid, 1924), *Alfar* (La Coruña-Montevideo, 1920-1954)², *Horizonte* (Madrid, 1922-1923), *Plural* (Madrid, 1925), *Proa* (editada en Buenos Aires, 1921-1922) o *Ultra* (Oviedo, 1919-1920), se denuesta la vieja estética, aun cuando

¹Conviene no olvidar que Ramón Gómez de la Serna, en su personalísima revista *Prometeo* (Madrid, 1908-1912), publicó muy tempranamente en España la traducción del «Manifiesto del futurismo», así como la «Proclama futurista a los españoles», ambos textos de Filippo Tomasso Marinetti. Sorprende la tardanza en servir de revulsivo en el panorama literario español. También hay que decir que el manifiesto del ultraísmo aparece en la revista *Cervantes* (1916-1919).

²En realidad, el nombre es adoptado en el número 33 (La Coruña, octubre de 1923) tras una etapa de incertidumbres en el título. Su último número coruñés es el 60 (1926). Quedan al margen los números 61 y 62 que editó Juan González del Valle.

esporádicamente pueda verse la presencia de alguna pluma adscrita a la estética posmodernista. También hay que poner énfasis en la presencia de muchos poetas, menores en la mayoría de los casos (en realidad, sólo salvará la historiografía literaria la presencia de Gerardo Diego, y en menor medida Cansinos, Guillermo de Torre, y poco más), cuya poesía revela un mal ejercicio de asimilación precipitada de los nuevos dogmas poéticos.

Un rechazo similar podemos observar en otras épocas y de diferentes estéticas. Es el caso de las cartas que José Luis Hidalgo escribe en 1944 al director de *Corcel* (Valencia, 1942-1949), Ricardo Juan Blasco, repletas de antigarcilasismo, aunque luego se viese traicionado en la realidad de las páginas de la revista¹. En cambio, otras publicaciones contemporáneas parecen evolucionar de unas corrientes a otras: es el caso de *Escorial* (Madrid, 1940-1950), la revista de Dionisio Ridruejo y Pedro Laín Entralgo (luego dirigida por José María Alfaro), que evoluciona desde el clasicismo formal que representara fundamentalmente *Garcilaso* hacia una tendencia neorromántica.

Como podemos observar, la apariencia ecléctica más o menos acusada es general en las revistas poéticas españolas del presente siglo. Sin embargo, lejos de cualquier intento de homogeneización, sí pueden percibirse algunas características que justifican la periodización que propongo, independientemente de que los principios de los fundadores se vean traicionados por la adscripción de las obras que se publican: una primera etapa, de impulso romántico en el empeño, que se caracteriza por un aferramiento a posiciones preconcebidas de movimientos históricos en la evolución de la estética literaria, que tienden a una interdisciplinariedad en la elaboración final del producto (esto es, la colaboración de artistas plásticos, esencialmente dibujantes y pintores), y que representan una cierta confrontación con el pasado más inmediato, y aun con su presente. De manera especial, destaca la presencia más granada, constante y abundante de los nombres históricos de la poesía y de la plástica contemporáneas. Esta etapa, que va de 1903 (fecha de aparición de *Helios*) a 1936, dominada por las vanguardias y en la que resalta cierto dogmatismo con respecto a épocas posteriores, es la que podríamos

¹«...suprimiría por completo las firmas de los «consagrados», anunciaría en el primer número que no se publicaría nunca ni una décima ni un soneto, aunque fuesen una maravilla». Ver María Isabel Navas Ocaña, *La «Quinta del 42» y las vanguardias. Las revistas «Corcel» y «Proel»*, Granada, Universidad, 1996, pp. 16-17.

denominar *el período histórico*¹. Nombres cimeros vinculados a los poetas más celebrados de nuestro siglo, como *Carmen* o *Lola* de Gerardo Diego, *Caballo Verde para la Poesía* de Pablo Neruda, y muchos más han quedado indisolublemente unidos a nuestra historia literaria

Tras el paréntesis de los tres años de guerra, en los que la única poesía que se escribe y publica es de emergencia y en revistas de propaganda y confrontación (desde *El mono azul* a *La ametralladora*), sobreviene la ruptura traumática y la pérdida de la tradición más inmediata de la vanguardia, la cual se intentará recuperar paulatinamente. Desde las dos principales corrientes de la postguerra, el clasicismo garcilasista y el neorromanticismo vital, con sus símbolos revisteriles de *Espadaña* y *Garcilaso*, la poesía inicia un lento proceso de recuperación. Con respecto a las revistas, quizás los mejores logros correspondan a la edición de *Cántico* y los empeños de Carlos Edmundo de Ory, a lo que a mí me parece². En conjunto, la producción de revistas decae un tanto con respecto a la época anterior, lo que se explica fundamentalmente por la traumática pérdida de libertades; y en alguna de las que surgieron ha podido detectarse que el franquismo intentó su instrumentalización³. También se produce cierta degradación en la elaboración formal y material de las revistas, lo que se explica por la penuria económica y la desaparición de técnicos y técnicas de impresión. Sin embargo, ciertas publicaciones recuperan un diseño interesante, generalmente de la mano de pintores y poetas «gráficos», como la barcelonesa *Dau al set* de Brossa y Foix. Pero llama la atención cómo algunas revistas se vinculan a empeños editoriales, fenómeno creciente y que alcanzará su máxima expansión en el período siguiente; así surgen en la década de los cuarenta *Cuadernos de Agora* o la también barcelonesa *Poesía* (1944-1945). En

¹ Complétese el panorama de esta época, además del ya señalado de Domingo Paniagua, con los estudios de César A. Molina, *Medio siglo de revistas literarias (1900-1950)*, Madrid, Endymion, 1990, y Rafael Osuna, *Las revistas del 27*, Valencia, Pre-Textos, 1993; y *Las revistas españolas entre dos dictaduras: 1931-1939*, Valencia, Pre-Textos, 1986.

² Sobre la revista de Ricardo Molina, Pablo García Baena y Juan Bernier, remito a la ed. facsimilar de A. Linares de la nota I. Más difíciles de localizar son los empeños de C. E. de Ory, salvo *Postismo* (Madrid, enero de 1945), el número único que mereció los honores del reprint como separata en *Poesía. Revista ilustrada de información poética*, Madrid, nº 2, agosto-septiembre de 1978.

³ En el triángulo que forman los tres buques-insignia del panorama de las revistas literarias españolas de la postguerra, tal instrumentalización parece clara en *Índice*, más difusa en *Papeles de Son Armadans* y nula en *Ínsula* (remito, para la bibliografía, a mi artículo «Significación de una aventura celiána: *Los Papeles de Son Armadans* entre 1956 y 1966», en *Camilo José Cela: Nuevos enfoques críticos*, en *Hispanística XX*, nº 8 [1991], pp. 175-215).

definitiva, este período oscuro y sufrido es el que podríamos denominar la *época de la orfandad*¹, más si cabe cuando tenemos presente que fuera de este estudio quedan las revistas del exilio, con las que apenas hubo comunicación, ya que la mayoría, cuando circularon, lo hicieron clandestinamente.

Finalmente, un tercer período es el que va desde 1975 hasta nuestros días², y que denomino como la *etapa ecléctica* por ser ésta su principal característica, lejos del dogmatismo propuesto por las de la primera etapa. Representa el período de mayor proliferación, también es el que implica una mayor imbricación en los circuitos de la distribución comercial, obligándose a las revistas a cuidar los diseños y los aspectos materiales, aspecto que viene facilitado por la entrada, especialmente a partir de 1982, de dinero institucional y, en menor medida, de empresas editoriales. Al respecto cabe señalar que la entrada de ayuntamientos, diputaciones o gobiernos autonómicos —mucho menor es la participación del gobierno central, en especial, el Ministerio de Cultura; un ejemplo sobresaliente es *Poesía* (Madrid, 1981-1997)—, subvencionando parcial o totalmente las ediciones, no ha supuesto merma alguna de la capacidad de selección de los consejos editoriales, más allá de la interna y libremente aceptada por sus miembros; la instrumentación política ha sido menor de lo esperado, rentabilizándose la imagen en actos externos a la intrínseca vida de la revista (quizás cuanto digo venga a poner de relieve la inofensividad de la poesía y de sus órganos de expresión, pero éste ya es otro tema). Algunas de estas publicaciones poéticas son especialmente atractivas, como *Condados de niebla* (Huelva, desde 1985); otras, sobriamente elegantes, como *Sibila*, uniéndose en este caso la vinculación de poesía y música mediante la venta adjunta de unos compactos de tendencias últimas³, lo que supone la implicación de un arte que desde la época de la vanguardia se había marginado. Huelga decir que la pintura y el dibujo vuelven a

¹Remito al estudio amplio y detallado de Fanny Rubio señalado en la nota 3. Como puede comprobarse, las marcas cronológicas de la periodización que propongo vienen inducidas por importantes estudios precedentes.

²La bibliografía, algo precaria, se limita a algunos artículos, como el que publiqué en Dijon, «Las revistas literarias en la cultura española de los años 80», en *Nos années 80. Culture hispanique*, en *Hispanística XX*, nº 7 [1990], pp. 57-70; o el de Ramón Acín, «Un movimiento pendular (Revistas literarias 1975-1985. Notas para un acercamiento)», en *Barcarola*, nº 29 [1987], pp. 121-131. La bibliografía sobre aspectos parciales, por lo que no se tiene en cuenta aquí, resulta abundantísima.

³Así, Mauricio Sotelo, Luis de Pablo, Kaija Saariaho, José Manuel López López, Cristóbal Halffter, Pilar Jurado, Juan Méndez, Joseba Torre y Zubiñe Fernández Guerenabarrena. *Sibila*, dirigida por Juan Carlos Marsset, se publica en Sevilla desde 1995.

tener presencia importante, junto con otros aspectos del diseño (los tipos de impresión, la infografía, el uso de papel de diferentes colores, etc.). En cualquier caso puede observarse una explosión de revistas en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Franco, algunas de ellas con todas las características propias de publicaciones surgidas de las catacumbas de la resistencia intelectual (poesía neosurrealista y expresionismo vital o ideológico y social, junto con unas técnicas de impresión rudimentarias en muchos casos), rápidamente reducidas a circuitos de distribución casi personal y manual, muchas ya olvidadas o perdidas. El triunfo socialista de 1982 supuso la institucionalización de las revistas poéticas y literarias, confeccionadas muchas de ellas por aficionados de ámbito local; sólo a partir de finales de la década de los ochenta, que supuso la desaparición de algunos presupuestos —desaparición acentuada a partir de 1996—, las revistas adquieren unas características de mayor universalización, aun cuando los circuitos de distribución sigan siendo la asignatura pendiente de muchos de estos loables intentos.

Sin querer polemizar, sobre todo porque la aventura todavía no ha terminado, y teniendo en cuenta que el panorama de nuestro siglo es tan abrumadoramente extenso y rico, he sobrevolado por un territorio complejo desde la mayor altura que ha sido posible para abarcarlo en su totalidad. Quedan fuera aspectos tan interesantes como todas aquellas revistas que se ocupan de la literatura, en sentido amplio, y las culturales, así como la relación de estas publicaciones con la prensa diaria o con las antologías poéticas, por poner dos ejemplos extremos en los que intuyo vínculos y juegos interesantísimos. Quede constancia, por mi parte, de que se trata únicamente de un esbozo cuanto aquí ha quedado expuesto, primera toma de contacto con un material difícilmente inventariable y con problemas de compleja naturaleza.

